

La inspiración viene de las estrellas. La expiración del fuego

Jorge Luis Herrera

I

Como a los diez años me enteré de la existencia de los hongos sagrados luego de que un amigo de mi familia relatará su vivencia con María Sabina, varias décadas antes, en un ritual llevado a cabo en Huautla de Jiménez, Oaxaca. En la adolescencia profundicé en el tema después de acompañar a mi madre a un congreso de literatura organizado por la Universidad Autónoma Metropolitana (México) en el que la figura principal era Fernando Benítez; las palabras de este escritor me emocionaron tanto que al final de su conferencia corrí a la entrada del recinto a comprar algunos de sus libros para tratar de que me los dedicara; adquirí *Los hongos alucinantes* y *En la tierra mágica del peyote*, pero, para mi desgracia, Benítez ya se había ido cuando regresé a buscarlo. Los títulos de ambas obras me atrajeron de inmediato y su contenido no me defraudó; por el contrario, resultó muy relevante en mi vida, pues provocó, entre otras cosas, que germinara en mí el deseo por experimentar con psilocibina y mescalina (sustancias activas de los hongos sagrados y del peyote, respectivamente), deseo que fui nutriendo con diversos textos sobre la materia, como los de Carlos Castaneda, Álvaro Estrada y Aldous Huxley. Sin embargo, a pesar de mi anhelo tuve claro que probaría dichas sustancias sólo si, por un lado, encontraba un lugar y una situación donde no me expusiera y, por otro, la ingesta formaba parte de un rito tradicional. En paralelo, desde aquella época fue creciendo mi necesidad de acercarme a tradiciones culturales diferentes a la mía, de procurar el autoco-
nocimiento y de ampliar mi capacidad perceptiva.

II

Un amigo me consiguió el número telefónico de un señor llamado Carlos Chávez, quien prestaba al *mara'akame** Casiano una propiedad en Xochimilco para que celebrara allí algunos rituales sagrados con peyote. En cuanto pude le marqué al señor Chávez y, luego de varios meses de comunicación constante, un jueves me informó que don Casiano efectuaría una ceremonia el sábado siguiente con motivo del equinoccio de primavera de 2007. Además me explicó que el rito se realizaría al aire libre, en un jardín, sobre una chinampa: comenzaría alrededor de las nueve de la noche y terminaría como a la una de la tarde del domingo. Me recomendó que llevara una bolsa de dormir; una chamarra gruesa; agua embotellada; tabaco, galletas y tabletas de chocolate para ofrendárselas a Tatevari, dios huichol del fuego; una veladora; fruta, jugo, semillas y pan, ya que el ritual concluiría con un almuerzo; y 'objetos de poder', es decir, cosas impregnadas de mis ideas, sentimientos, experiencias (elegí un meteorito que mi hermano me trajo de la Zona del Silencio, así como una vara huichola cubierta con estambre y rematada con plumas que alguien me obsequió hace varios años en tierra huichola). El señor Chávez me comentó también que el *mara'akame* solicitaba un donativo económico que usaba para ayudar a su comunidad en La Laguna, Jalisco (después averigüé en internet que gracias a él se estableció, por ejemplo, una llave de agua potable en el centro de su pueblo natal; asimismo, como dato curioso me enteré de que fue invitado a Suiza a grabar un disco de música tradicional huichola). Antes de colgar, el señor Chávez me dijo que si quería invitara hasta dos personas y me aconsejó que ayunara el sábado.

III

Invité a la ceremonia a Karla, una amiga, y a Rodrigo, mi cuñado. Los tres partimos de mi domicilio rumbo al embarcadero de Nativitas, en Xochimilco. Nos encontramos con el señor Chávez a las veinte horas en uno de los callejones de Galeana, desde donde nos guio por un laberinto de irregulares pasadizos peatonales que nos permitió acceder a su propiedad: un bello jardín que en una esquina tenía una sencilla casa (compuesta por dos recámaras, sendos baños, una cocina, un comedor, una sala). El terreno medía cerca de doce metros por diez y estaba frente a un canal por el que navegaban trajineras y chalupas. En el jardín había buganvillas, rosales, orquídeas, malvones, un gran aguacate, un pino (a sus pies se hallaba una montaña de

* Cantador, chamán y patriarca huichol.

leña); asimismo, en el centro sobresalía un círculo de tierra —como de un metro de diámetro— destinado al fuego.

El *mara'akame* nos dio la bienvenida. Era un hombre delgado, fuerte, de talla mediana, atemporal (complicado calcular su edad). La mirada: profunda. Tierno y duro. Portaba un traje huichol de algodón de dos piezas, predominantemente blanco, con coloridos bordados de peyotes, flores, venados en movimiento. Llevaba también una pañoleta con vivos anaranjados anudada al cuello, pulseras de chaquiras, una faja ancha de hilo grueso tejido, un morral, huaraches de piel. Don Casiano se sentó en su trono: un equipal estilizado (el asiento estaba hecho de cuero y tanto la base como el respaldo, de madera).

Además de Karla, Rodrigo y yo, participarían en la ceremonia otras cinco personas. Nos acomodamos aleatoriamente en torno al círculo para el fuego: el *mara'akame* al pie del aguacate y del otro lado yo; a mi izquierda Karla y a mi derecha Rodrigo; entre Karla y el *mara'akame* había dos individuos como de treinta años; entre Rodrigo y el *mara'akame* una señora, su hija adolescente y un hombre de bigote (el señor Chávez informó que no tomaría parte del ritual y que pernoctaría en una de las recámaras, ofreciendo su ayuda por si alguien la necesitaba). Cada quien delimitó su espacio con sus pertenencias. Yo extendí mi bolsa de dormir y armé enfrente una especie de altar: como base coloqué una tablita de madera que hallé entre la leña (Rodrigo hizo lo mismo); encima acomodé mi veladora, mis 'objetos de poder', así como las ofrendas para Tatevari. Junto puse una botella de agua, un cuaderno, un bolígrafo.

El ambiente era muy húmedo, no sólo por el canal que pasaba delante, sino también porque el jardín, por hallarse en una chinampa, estaba literalmente sobre el agua (si se ponía especial atención, cuando uno pisaba el pasto podía percatarse de que los pies se hundían más que en un césped común). En paralelo se sentía frío y, sin duda, la temperatura continuaría bajando.

De pronto, el señor de bigote dijo que se llamaba Héctor, que asistiría a don Casiano y que el peyote, *híkuri* o 'rosita' se utiliza como medicina espiritual (de hecho, el *mara'akame* y él hablaban siempre de 'la medicina'). En consecuencia nos recomendó que definiéramos un propósito para 'trabajar' durante la ceremonia. Héctor subrayó que el peyote es extremadamente amargo y que luego de tragarlo, aunque sintiéramos náuseas, tratáramos de retenerlo; pero que si nos resultaba imposible vomitáramos sin pudor: en el jardín o en el baño. También aconsejó que los primerizos ingiriéramos entre una y dos cucharadas de *híkuri* (digo cucharadas porque don Casiano transporta el peyote seco, pulverizado, en una bolsa de plástico transparente que guarda en una talega bordada). Héctor expuso entonces la dinámica que seguiríamos:

—Los presentes constituimos los eslabones de una cadena y ésta no debe romperse hasta que concluya el ritual. Por ello tenemos que cumplir varias reglas. Primera:

no todos podemos abandonar el círculo al mismo tiempo. Segunda: si salimos lo haremos por la ‘puerta’ —nos indicó que se ubicaba entre la adolescente y él—, pero antes de volver a entrar tomaremos una rama del montón que se halla junto a la ‘puerta’, nos limpiaremos la ‘energía’ del exterior tallándonos el cuerpo con ella y la echaremos al fuego. Tercera: con la finalidad de respetar el flujo natural de ‘energía’ caminaremos dentro del círculo sólo en el sentido contrario al de las manecillas del reloj. Cuarta: regresaremos a nuestros lugares cuando el *mara’akame* nos visite... ¡Ah! Y es fundamental que atendamos sus cantos: nos guiarán, serán nuestra mejor compañía.

Héctor remarcó después el carácter sagrado del fuego, nos exhortó a hacerle ofrendas y pidió que no lo usáramos, bajo ninguna circunstancia, como basurero; por último advirtió que la responsabilidad de mantenerlo vivo era colectiva y solicitó voluntarios para prenderlo; Rodrigo y yo nos encargamos, mientras él encendía una copalera y las veladoras de los participantes en el rito.

Don Casiano empezó a repartir ‘la medicina’. Debíamos acercarnos a él, uno por uno, comenzando por la persona que se hallaba a su derecha y terminando por Héctor. Traté de despejar mi mente, pero no pude: me distraían las emociones provocadas por estar viviendo esa experiencia tan anhelada (sonreía de forma casi involuntaria). Esperé mi turno mirando con discreción las acciones de mis antecesores para saber cómo comportarme. En el momento en que Karla estaba retornando a su lugar me puse de pie y avancé hacia el *mara’akame*. Me detuve como a medio metro de distancia. Puse una rodilla sobre el piso, en actitud de respeto. Me preguntó cuántas cucharadas de *híkuri* quería y pedí dos. Tomó un vaso desechable, lo colocó entre sus rodillas, sirvió la dosis solicitada con una cuchara de plástico, vertió agua, removió el mejunje, enunció diferentes frases en huichol, agitó sus varas de mando. Recibí el vaso (con la cuchara adentro) y pasó sus varas encima de mi cabeza, rezando (otra vez en huichol); supongo que estaba ofreciéndome su compañía para el viaje que emprenderíamos en breve. Me levanté, caminé, me senté frente a mi altar. Revolví ‘la medicina’ y le pedí ‘luz’ para obtener mayor claridad sobre el rumbo que quería darle a mi vida. El olor resultaba demasiado intenso. Amargo. Muy amargo (es lo más amargo que he probado; incluso más que la absenta artesanal —con la planta de ajeno macerada y sin colar— que tomé años después en La Paz, Bolivia). Sin embargo, el deseo de continuar me impulsó a tragar el peyote, dando tragos esporádicos al agua para disolver los grumos amargos que se aferraban a mi boca. Al final, don Casiano también ingirió su *híkuri*.

Todos nos ensimismamos. El silencio reinó. A pesar del desagradable sabor de ‘la medicina’ me hallaba feliz, pleno, pues estaba cumpliendo un sueño muy relevante. Me abstraí con el fuego; el calor que despedía me abrazaba amablemente; me divertía el sonido de la leña ardiendo, con sus eventuales chisporroteos. El agua del canal

reposaba en mis oídos, que se vaciaron repentinamente cuando descubrí que a la distancia había un radio encendido: unas cumbias me acompañaban (ni modo); pero los insectos incrementaron sus chirridos y las cumbias pasaron a un segundo plano. La luna se asomó. De nuevo las cumbias. Los insectos. La luz de mi veladora. El calor. La luna. La veladora. El fuego. El sopor. La humedad. Las flamas. El viento. El cielo. El tiempo... espeso.

El *mara'akame* comenzó a cantar: un sonido extraño pero conocido. No entendía ni una palabra. Lo primordial era la dulzura, el ritmo melodioso, reiterativo. Mantras enigmáticos. ¡Un venado! La voz de don Casiano me absorbía y me hacía sentir, simultáneamente, parte trascendente e intrascendente del universo, sin que aquello fuera una contradicción. Los cantos me arrastraban, acariciándome. Imaginé que estaba refiriendo, entre otras cosas, historias sagradas de su pueblo, el *wixárika*. El humo ancestral ingresaba por mis oídos y atravesaba mi cuerpo hasta llegar al fuego, donde se convertía en ceniza. Empecé a marearme, a sudar frío. Me quité la chamarra; me la puse de nuevo. Escalofríos. Traté de respirar con tranquilidad. El sabor amargo iba y venía. Procuraba centrar mi atención en otras cosas: en respirar, en seguir los cantos. Pero la amargura... Bebí agua e hice buches. Los gránulos de 'la medicina' se agarraban a mi lengua. El agua fue ocasionándome pesadez y más tarde asco. Analicé la posibilidad de vomitar. Me tapé con mi bolsa de dormir, me destapé, sobé mi vientre e intenté convencerme de que vendrían ideas, emociones y sensaciones más agradables e interesantes. ¡Qué asco! Alguien eructó con gran potencia. Los cantos eran lentos... lentísimos (parecía que el *mara'akame* estaba quedándose dormido). El ambiente: denso, pegajoso, como si el aire fuera miel. Inició mi caída. Náuseas. Me resultaba difícil distinguir cuánto tiempo transcurría entre un hecho y otro, entre un pensamiento y otro, entre una emoción y otra. Ansiedad. Abrí mi cuaderno y cogí mi bolígrafo. Respiré hondo. *¿No me gusta sentirme bien?* Me preocupaba que el fuego se apagara. Lamentos, lloriqueos, eructos. *Racionalizar la vida es un vicio*. El estómago revuelto. Los minutos transcurrían cada vez más despacio. Me sentí peor. Unas cuantas estrellas. Estaba descendiendo a un infierno. Tomé mi meteoro, lo acaricé, disfruté su textura metalizada. No se trataba sólo de malestar físico... un congestionamiento emocional me abrumaba. Miedo. Náuseas. Angustia. *¿Por qué cuestiono todo?* Continué acariciando mi meteoro. Lo puse a la altura de mi abdomen. *Una roca puede ser suave al tacto*. El meteoro me producía cierto alivio. *¡Una roca puede ser un bebé con plumas!* Las obsesiones, siempre las obsesiones. La amargura era insoportable. *Ni frío ni calor: incomodidad*. El meteoro empezó a calentarse. *A ti también te duele tu canto*. Vino desde lejos para cuidarme en esta ceremonia. Ese temor, supongo que primigenio... estar vivo, vomitado en el mundo, sin saber por qué, para qué ni por cuánto tiempo. *No preguntes por qué, no comprenderías el motivo, ni siquiera entiendes la lengua*. Un vacío de sentido. *La vida*

es una roca. Cayendo, de espaldas, en un abismo. Pesadamente. Extendí mis brazos y frené clavando mis dedos en el pasto. *La vida puede ser muy diferente.* ¡Guácala! Otro poderoso eructo. Volví a precipitarme. *¿Necesito agarrarme de algo?* Me levanté rápido, mareado. Debía vomitar con urgencia. Busqué la puerta. Abandoné el círculo. Sudaba frío. Escupí intentando expulsar los gránulos amargos. No pude contenerme: vomité mientras caminaba, en el jardín. Me limpié la cara con una servilleta, respiré hondo y procuré disfrutar la frescura de la noche. Lo amargo era también terroso... Las molestias disminuyeron. Decidí regresar a mi sitio. En la entrada del círculo tomé una rama, me froté el cuerpo con ella y la eché al fuego. Me senté sobre el pasto, ante mi altar. Hice buches con agua. Me refresqué el rostro. Lo más desagradable no era el típico gusto dejado por el vómito, sino el de la amargura de 'la medicina'. Mi cuerpo rechazaba el peyote, pero al mismo tiempo lo reconocía con alegría, pues me conectaba con otros individuos que lo habían ingerido antes que yo, en diversas épocas y lugares. Acaricé las plumas de mi vara huichola. Miré a mis compañeros de ceremonia; Rodrigo lucía sereno, pero Karla no (pocos minutos después corrió al baño). Los vómitos y los eructos de los demás incrementaban mi asco y me causaban arcadas constantes. Trataba de concentrarme en otras cosas. *Le tengo tanto miedo a todo...* Fui por leña. Tatevari estaba vivo. Chispeaba la lucidez. Empecé a ascender, a atravesar mis tinieblas. El canto de don Casiano fue acelerándose, adquiriendo un carácter más festivo. La oscuridad de la noche, la intensidad de las flamas, la voz del *mara'akame*, el viento y el humo de la copalera y de las ofrendas al fuego creaban peculiares efectos sensitivos: olores, figuras caprichosas, reflejos, sombras danzantes, crujidos, escalofríos, destellos, caricias... El individuo ubicado a la izquierda de Karla berreaba y gritaba como si hubiera sido poseído por un ser extraño. *Bajo la vista, la vuelvo a subir... cada imagen es distinta. Todo es diferente. Siempre.* La ceremonia lucía como una danza de máscaras. Me paré frente a Tatevari y lo alimenté con tabaco. Don Casiano recargaba su aliento después de cada frase. Los gránulos amargos... náuseas, arcadas, eructos. *Debo aprender a aceptar la incomodidad. Lo natural es fluir.* Contemplé el cielo. Los cantos del *mara'akame* me producían placer. Calenté mi cuerpo gracias a Tatevari; le ofrendé galletas. A pesar de que las pausas entre enunciado y enunciado eran desiguales, resultaba evidente su naturaleza cíclica. Retorné a mi lugar. *Quiero aprender a disfrutar más mi vida... Primero debo controlar las náuseas (en la vida).* Hice buches para quitarme los gránulos amargos. Aunque las frases eran casi siempre diferentes, guardaban cierta regularidad, al menos en las tonalidades. *La inmundicia no puede ser un pretexto, pues todos la padecemos (para mal y para bien).* Continué mi ascenso. *El mara'akame nos cobija con su canto.* Diversas ideas me asaltaban; debía esforzarme por aprehenderlas. *El fuego está vivo, más vivo que nunca.* El frío se intensificó. *Me gustan las notas agudas, las espero constantemente, quiero cazarlas...* Mi pantalón estaba cada vez más

enlodado. Escuchaba el agua del canal: me pacificaba su movimiento. *Murió la culpa, en paz, sin culpa. Tenía un rostro hermoso...* [escribir cuento corto sobre la muerte de Culpa]. Don Casiano lanzaba breves gemidos mientras cantaba: el aliento se le terminaba después de cada frase. Acaricé otra vez las plumas de mi vara huichola. Comencé a hacer conciencia sobre el tipo de ideas engendradas por mi cerebro. Quedé fascinado. Y no porque fueran necesariamente grandes ocurrencias, sino porque me descubrí capaz de percibir, sentir y pensar desde perspectivas distintas a las cotidianas. *Esta es un puerta verdadera (pero sólo de este lado).*

IV

El *mara'akame* se paró ante Tatevari, meneó sus brazos con suavidad, al ritmo de sus cantos, como si fuera un director de orquesta; entonces me percaté de que las flamas, enormes flamas de al menos metro y medio de altura, se movían en paralelo.

Por la oscuridad, antes de cargar la leña era necesario aventarla al piso para quitarle las arañas y demás insectos.

Con frecuencia me regresaba el vívido recuerdo del sabor amargo del peyote y tomaba agua para tratar de diluir las náuseas.

El precio del vacío es el vacío mismo.

Un par de veces vi que don Casiano extendía sus brazos hacia el fuego, abría las manos, calentaba sus palmas y se frotaba el cuerpo con ellas, suavemente. Supongo que así controlaba el frío (como dije, sólo llevaba un traje de algodón).

La tristeza no es tanta... Nunca es tanta la tristeza.

La noche seguía avanzando y el *mara'akame* continuaba cantando (sólo se detuvo una vez, cuando necesitó orinar).

Mis anteojos pueden proporcionarme otra clase de brillos, luces, vida.

Karla, Rodrigo y yo estábamos fascinados con el poder de don Casiano sobre las flamas. Minutos más tarde nos percatamos de que el movimiento de sus brazos también tenía influencia sobre las ramas del aguacate que se hallaban encima de él: lo obedecían, lo imitaban. Reímos (después lo comentamos, al concluir la ceremonia).

La inspiración viene de las estrellas. La expiración del fuego.

Música circular: breves fraseos determinados por el aliento del *mara'akame*.

Nos acercábamos a Tatevari para entregarle una ofrenda, dialogar con él, colocar leña, calentarnos (el frío y la humedad seguían arreciando). Luego volvíamos a nuestros lugares, a nuestras propias existencias.

La riqueza no es riqueza si no es compartida.

Llovió de forma constante, aunque no tan intensa, durante dos horas (quizá).

Don Casiano se acercó sonriente, dándonos los buenos días en huichol: *'ke'aku'*. Luego siguió el proceso ya descrito de bendición de las tres visitas previas, pero esta vez nos abrazó al final (olía a peyote, tierra, maíz, alcohol) y nos dio un breve mensaje al oído, en español, vinculado con el asunto que cada quien trabajó durante la ceremonia (a mí me dijo literalmente: 'tuviste luz'. Y así ocurrió. Pero al decir que recibí luz no me refiero a que hubiera obtenido respuestas específicas a asuntos concretos, sino que me descubrí capaz de pensar de otras formas, lo cual, en consecuencia, me ha permitido vivir de maneras más ricas y flexibles).

Hicimos nuestra última ofrenda a Tatevari: una nube de humo aromático nos abrazó.

Amaneció cuando el *mara'akame* dejó de cantar.

V

El *mara'akame* deambuló por el jardín, pisando el pasto con ligereza, acariciando las hojas de las plantas, contemplando las flores y gozando con su fragancia. Los demás permanecemos en silencio, recostados (desde que los cantos cesaron mi mente siguió dando vueltas, vibrando por horas, cada vez más lento, descendiendo conforme el sol ascendía).

Uno a uno nos fuimos activando: aseándonos, recogiendo nuestras pertenencias, charlando en voz baja... Preparamos el desayuno y cuando estuvo listo llamamos a don Casiano, quien solicitó que nos tomáramos de las manos alrededor de la mesa mientras bendecía los alimentos con sus rezos huicholes. Luego rompimos el ayuno gozosamente y conversamos sobre la ceremonia (el señor Chávez compartió con nosotros algunas de sus experiencias con el *híkuri*). Después disfrutamos del jardín y de la compañía durante otro rato. Más tarde nos despedimos.

VI

En esa época, Rodrigo vivía en Madrid con mi hermana; vino a México por pocos días, solo. Lo invité a la ceremonia porque sabía que también llevaba tiempo buscando la posibilidad de participar en una. Y el sábado, antes de partir hacia Xochimilco, le marcó por teléfono a mi hermana para contarle a dónde iría, pero no la halló.

Al día siguiente, después del ritual, Rodrigo y yo visitamos a mis papás en su casa. Mi madre nos recibió con la noticia de que mi hermana acababa de hablar para platicarle que había tenido un sueño muy vívido y muy extraño: vio a mi cuñado

sentado en un jardín, de noche, frente a una fogata y a una tablita que tenía encima una veladora y otros objetos que no reconoció (o recordó).

VII

No he hallado una buena oportunidad para probar los hongos sagrados (espero hacerlo algún día). Sin embargo, en nueve años he participado en tres ceremonias con el *mara'akame* Casiano, las cuales me han permitido, entre otras muchas cosas, corroborar que la capacidad perceptiva ordinaria es extremadamente limitada y que es posible ampliarla. Mis experiencias han sido siempre intensas, clarificadoras, aunque diferentes entre sí; no obstante, en las tres ocasiones he seguido un recorrido similar: al principio soy arrastrado a mis infiernos personales, teniendo que enfrentarme a varios miedos profundos y a un malestar que incluye sudor frío, mareos, náuseas, vómitos; pero después comienza el ascenso y me siento cada vez mejor física, emocional y mentalmente. Lúcido.

VIII

Aclaro que bajo el efecto del peyote *nunca* he perdido la conciencia ni la capacidad para discernir entre lo que es 'real' y lo que no (lo que sea que eso signifique).

2017

JORGE LUIS HERRERA. Doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, Maestro en Letras Mexicanas por la misma institución y Licenciado en Historia del Arte por el Centro de Arte Mexicano (CAM), México. En la actualidad funge como subdirector de Lenguaje y Comunicación para la Educación Secundaria en la Dirección General de Desarrollo Curricular de la Subsecretaría de Educación Básica de México. Sus más recientes libros publicados son: *Roja* (Libros del Marqués, 2019), *Viaje por los viajes o Historia de amor entre Maniquí y Rey feo* (Talleres de Arte Contemporáneo A.C. / Libros del Marqués) y *Cotard: el secuestrador. (Fragmentos de una novela)* (Libros del Marqués, 2017).

Recibido: 18 de octubre de 2017

Aprobado: 21 de septiembre de 2018